

XV Memorial Guillermo Arce y Ernesto Sánchez-Villares

“Don Guillermo, Don Ernesto y la Salamanca de aquel entonces”

A. ESTELLA GOYTRE

Ante todo quiero dar las gracias a ustedes por su asistencia y a Valentín Salazar por su afectuosa presentación. El ha concluido con un pasaje de un capítulo de “El Quijote”, del caballero del verde gabán, en que el protagonista elogia con desmesura a un poeta. Cervantes, con su ironía, distingue precisamente en ese pasaje entre los poetas “consumados” y los “consumidos”. Yo no soy poeta, sino acaso prosista, y de los consumidos, el poeta consumado es mi amigo, su discípulo Julio de Manueles.

Aclaro también que al apellido que figura impreso en el programa, “Estrella”, le sobra la “erre”, por razones obvias.

Pues bien, quiero decir de entrada que estoy aquí, ante un grupo tan selecto, por dos razones: soy un hipocondríaco de libro, de modo que suelo estar a gusto entre médicos, e incluso conviví diariamente con un tal doctor Barret, que espero que me siga tratando bien en los próximos años. Pero sobre todo por razones de amistad. Hace veintiocho años mi mujer y yo estábamos acongojados con nuestra hija por un sombrío diagnóstico hecho por el puericultor de la familia. Era una madrugada de invierno y con la pequeña en brazos, nos fuimos a hacer guardia a las puertas del Hospital Pediátrico, hasta que apareciera el catedrático de niños, del que no sabíamos ni como se llamaba, pero en cuya ciencia confiábamos. El catedrático apareció puntual, la enfermera le transmitió nuestra angustia y nos recibió de inmediato. A los pocos minutos llorábamos de emoción y gratitud. Nuestra pequeña Eugenia hacía un preocupante ruido gutural. Valentín Salazar, con su sabiduría y llaneza habitual, nos dijo que no era más que sequedad de garganta, que en adelante pusiéramos sobre el radiador de su dormitorio un recipiente con agua. Luego preguntó la razón

del apellido de la supuesta enferma, y supo que la niña era sobrina nieta de José Estella Bermúdez de Castro, que fue catedrático de lo que se llamaba “Curso de Enfermedades de la Infancia”, en Zaragoza, recién cumplidos los 28 años; y más tarde ganó la cátedra de “Terapéutica Quirúrgica” de la Universidad llamada Central con 34 años. Valentín había oído muchas anécdotas a su propio padre y otros colegas, unas verdaderas y otras inventadas, y algunas aún circulan. Debo reconocer que preparando esta intervención, revisé la biografía de mi tío Pepe y, entre otras cosas, averigüé que fue el primer pediatra que realizó –y leo literalmente una publicación de la Facultad de Medicina de Zaragoza de los años 70–, “la primera angiocardiógrafa del mundo en un niño” (1930), “inyectó, por primera vez en el mundo, yoduro sódico como contraste en el corazón” de un pequeño enfermo.

Mi amistad con el profesor Salazar, que él hace tan fácil, tiene por tanto una antigüedad de casi seis lustros. Y sin duda por culpa de ese afecto, y de la benevolencia de los miembros del Comité Local del Encuentro, todos viejos conocidos y también amigos, se ha cometido la equivocación de pedirme que diera esta charla. Sucede que una vez aceptado el reto me encariñé con los personajes, con dos médicos cuya importancia he llegado a comprender, dos científicos de esos que entran pocos en cada generación, e incluso en el siglo, dos maestros, cuyos nombres alguien tuvo el acierto de uncir e institucionalizar, y que conforman una de esas parejas inolvidables que también se dan en otras facetas de la vida, sean patriotas, artistas, toreros o investigadores. Pero no voy a ser tan audaz como para recordarles a ustedes la categoría de sus maestros.

Las circunstancias en que este Memorial dedicado a la Pediatría se celebra, son particularmente conflictivas para la infancia. No me refiero a episodios contingentes como la noticia diaria de abusos sexuales, o el problema pasajero de la integración de los dos servicios de pediatría que coexisten de Salamanca. Quiero decir que constantemente se está explotando laboralmente a los niños y que cada día se descubren importantes redes de pederastia en Internet o fuera de la red. Hace pocas fechas Cruz Roja informaba al mundo de una cifra estremecedora: doce millones de niños, ¡doce!, mueren al año por causas evitables, como tétanos, sarampión y sobre todo desnutrición. De ellos, seiscientos mil de SIDA. Varios miles son sencillamente asesinados para comerciar con sus órganos. Hoy sin duda morirán en Argentina de inanición al menos dos pequeños. Ustedes luchan día a día, a brazo partido, de cama en cama, contra lo que aquel viejo médico sueco Axel Munte, en “La (bellísima) historia de San Michele”, llamó su “lúgubre colega”. Y por el momento sanan a niños que no son de laboratorio, ni están clonados. Pero entretanto sabemos que miles de enfermos del llamado tercer mundo, carecen no ya de cama y de hospital mejor o peor dotado, sino de algo tan elemental para sobrevivir como la leche o las proteínas. Y ha sido una vez más nuestra ciudad –*Salmantica docet*–, la que esta misma semana vió nacer un Manifiesto, propiciado por UNICEF, en el que se propone un Pacto Social por la Infancia que nos afecta a todos y desde luego a quienes, como ustedes, se ocupan de la salud de esa infancia. Ojalá no se quede en simple papel suscrito por unos cuantos literatos y personalidades notables que ha encabezado el premio Nobel portugués José Saramago.

Pero no se preocupen, que el tema de mi charla no es truculento ni tan desolador. Se titula “Don Guillermo, don Ernesto y la Salamanca de aquel entonces”. Como Salamanca es una ciudad concreta y la palabra “entonces” es un adverbio de tiempo, debo acotar mis reflexiones a esta ciudad y a un período histórico determinado. Lo más oportuno para cumplir con lo anunciado, será centrarme en esos veinte años aproximados que van desde que en 1943 se produce el feliz encuentro de los dos personajes en la cátedra de pediatría de Arce, hasta que en 1964 Sánchez Villares deja Salamanca (ojo, no se preocupen aunque amenace con hablar de veinte años, porque no pienso entretenerles más que unos treinta minutos). Sobre la marcha de Salamanca de don

Ernesto, mi contertulio y catedrático de bioquímica Enrique Battaner, recordando al fallecido rector Balcells, y a los maestros de la medicina de su época estudiantil, ha escrito en La Gaceta una versión menos aséptica: “don Ernesto Sánchez Villares, ilustrísimo pediatra que nos robó Valladolid”. Curiosamente, la presencia de Arce en Salamanca, enriqueciendo su cuadro de maestros, obedeció a que él fue “excluido” de la cátedra de Madrid (como ustedes saben y mantuvo don Ernesto en el XVIII Congreso Español de Pediatría).

Para situarnos en los años cuarenta, como recordaba el martes en ABC el excelente columnista y paisano Luis Ignacio Parada, a propósito de la muerte del científico y académico Martín Municio, “la química apenas registraba un centenar de elementos; no se había inventado el transistor; los astrónomos no habían oído hablar de los púlsares y los cuántares; los médicos desconocían la estructura de las redes neuronales, la resonancia magnética, el láser; los biólogos no habían descubierto los anticuerpos, la fecundación *in vitro*, la terapia génica, la clonación....”.

¿Qué sucedía en Salamanca en esos años? Pues que ante la falta de pan, había que sembrar de cereal las dehesas, aunque fuera de centeno y el pan negro; que no había apenas carne, ni siquiera de reses bravas, porque se había consumido en los tres años de contienda y en el primero de los “años del hambre”, que fue 1940. Don Ernesto contó en su pueblo, cuando hizo el pregón de las ferias de 1993, como la chica de su familia iba a recoger todos los días una cantarrilla de leche, que entonces se vendía a “chorreo”. La lechera le pedía a su criado: “échale tu el agua a la leche que yo acabo de comulgar”, anécdota expresiva no solo de la hipocresía de la vendedora, sino de que había que bautizar la poca leche que se producía para que cundiera. Por ofrecer un dato cinegético, que puede resultar curioso, especialmente al cazador Valentín Salazar, un trienio sin cazar las fincas supuso carne para los furtivos, que la precisaban para subsistir, pero también que en la primera cacería organizada “a ojeo” pudieran cobrarse nada menos que treinta perdices en un puesto. Así sucedió en “Pelagarcía”, muy cerca de la ciudad, que había sido la residencia –incluido el búnquer que se conserva–, del embajador alemán. Como ustedes ven, estamos mucho pero que entonces, porque no queda una perdiz en toda la provincia.

Era tan alto el espíritu nacional en aquella época que hasta el café “Novelty”, el más antiguo de la ciudad, tuvo

que cambiar su nombre y rótulos por el de café “Nacional”, aunque debo aclarar que no había café sino un brebaje hecho con malta y achicoria. En cambio una librería, también en la Plaza Mayor, que durante la República había dejado de ser “Librería religiosa” y de vender imágenes y libros religiosos, para llamarse de Antonio Rodríguez, recuperó su condición de religiosa. Eso sí, su dueño se quedó para siempre con el remoquete de “el apóstata”.

Era Ministro de Educación Ibáñez Martín y Rector de la Universidad Civil el bueno de don Esteban Madrugá. Entonces los Rectores se nombraban a dedo, con lo que, entre otras veleidades, se evitaba lo que hoy sucede, que haya nada menos que seis candidatos al Rectorado. Bromas aparte, habían sido asesinados algunos profesores y se acababa de depurar políticamente a otros, cuyos expedientes estarán sin duda entre los famosos “papeles de Salamanca” del Archivo sobre la guerra civil, la masonería... de San Ambrosio.

En 1943 se promulgó la primera Ley de Ordenación de la Universidad, que como es lógico se inspiraba en el nacional-catolicismo. En esta Universidad solo existían tres facultades, Medicina, Derecho y Ciencias, a las que en 1939 se había sumado la de Filología Clásica. Había solamente 2.134 estudiantes matriculados y el presupuesto era de 805.000 pts (datos de la Historia de la Universidad, en la imprenta). Bueno, pues a pesar de ello, de la España de la miseria, que había eludido participar en la segunda guerra mundial, hubo pioneros en este viejo Estudio, por ejemplo en neuroanatomía los profesores Barcia y Reinoso y en fracturas óseas, Miguel Moraza. La facultad de Letras, gracias a la labor de despolitización impulsada por Tovar y Ramos Loscertales, empezaba a prestigiarse con profesores de la talla de García Blanco, Lázaro Carreter, Michelena, Maluquer de Motes, Zamora Vicente etc.

Entonces había un profesor de arte, discípulo de Machado, al que los organizadores de Congresos como éste, solían pedirle que les enseñara Salamanca, que hiciera de “Cicerone Honorario”. Don Rafael Láinez Alcalá se prestaba y lo hacía con una erudición y una magia extraordinarias, inolvidables para todo el que haya tenido la suerte de ir de ronda nocturna a pescar sirenitas, a escuchar el rumor del mar... Ante la fachada plateresca de la Universidad que todos ustedes conocen, Láinez se lanzaba a declamar uno de sus poemas, que comienza: “De oro de siglos vestida / como una

clásica diosa, / hay en tu carne de rosa, / la miel de España fundida”. Poema que por cierto está dedicado a Consuelo Larrucea de Tovar, la madre de su compañero don Juan Tovar.

Hasta un año después de aquella primera LOU, en 1944, no se pone en marcha lo que luego sería el Seguro de Enfermedad. El Ministro Girón de Velasco, de entrada, lo limitó a quienes tuvieran unos ingresos anuales inferiores a 9.000 pts, con derecho solamente a médico de cabecera y practicante. En el baremo de méritos para aspirar a las plazas, el nº 1 en Salamanca fue Ángel Zamanillo Encinas, luego Senador del Reino y Presidente del Consejo Social de la Universidad, que cuenta como entonces solo podían recetarse fórmulas magistrales.

En esta Salamanca también mísera, en aquella España en reconstrucción, el catedrático de pediatría Arce residía y pasaba algunas consultas en el Gran Hotel. Allí tuvo que coincidir con su compañero de claustro el Dr. Moraza. También con un estudiante de derecho insólito, porque no residía precisamente en una pensión o a patrona, que era lo usual, sino con su madre viuda en el mejor hotel de la ciudad. Era Marcelino Oreja, que estaba llamado a tener un importante protagonismo en la transición, y cuyo padre había sido el primer asesinado de la guerra en San Sebastián.

La prosperidad en esta provincia estaba reservada a quienes abastecían al ejército alemán o al británico de wolfram o schelita, pieles curtidas, y otras materias primas necesarias para la guerra. Y ¿porqué no decirlo?, a las gobernantas de algunas casas de lenocinio, debido a la fama del barrio chino de Salamanca, no solo por su antecesora Celestina, sino porque durante el período en que fue cuartel general de Franco, había atendido a todo el séquito, los italianos, la Legión Cóndor..

El ambiente de la época está magistralmente recogido por el testimonio de tres antiguos alumnos de la Universidad de Salamanca: la película “Canciones para después de una guerra” de Martín Patino, que sigue produciendo emoción ver; la novela “Tiempo de silencio” del médico Luis Martín Santos, premio extraordinario de fin de carrera en 1946, y que opositó a la cátedra de Psiquiatría de Salamanca en 1959, teniendo que ser llevado en coche celular desde la cárcel al aula de los ejercicios; y más tarde “Entre visillos” de Carmina Martín Gaité, uno de cuyos personajes es pre-

cisamente “Yoni”, ese joven que llega de América con ideas y discos nuevos, que vive en un ático del Gran Hotel, y que no es otro que el pediatra salmantino Javier Fernández de Trocóniz.

Eran tiempos de carencias, especialmente de dinero, y muchas veces la economía era de simple subsistencia y de intercambio de productos. Les cuento una anécdota expresiva. Había un médico muy conocido, apodado “Chicola”, que era profesor de Farmacología. El primer día de clase le decía a los alumnos aquello de que su asignatura, la “Farma”, podía reducirse a tres remedios: del cuello a la coronilla, el perborato; entre el cuello y la pelvis, el bicarbonato; y de ahí para abajo el permanganato. El caso es que fue invitado a cenar a casa de unos amigos. Cuando llegó, la señora de la casa mostró su consternación porque la criada se había puesto enferma y no había podido preparar la cena, ni por tanto podía servirla. Le pidió por favor a su invitado y médico que la examinara. Chicola se fue al cuarto de la sirvienta, la auscultó, tomo el pulso, vio la garganta... Cuando acabó su breve exploración, le dijo: “muchacha tu no tienes nada, tu estás sanísima, ¿porqué te has metido en la cama?”. “Pues mire usted don Andrés –replicó ella–, porque los señores no me pagan de modo que yo no les sirvo”. Entonces el médico –y aquí viene la anécdota–, le propuso: “Pues mira hija échate a un lado, déjame un hueco en tu cama, porque a mi tus señores tampoco me pagan nunca”. Debo aclarar que aquel médico se llamaba Andrés García Tejado, había sido alcalde accidental de Salamanca y Presidente de su Diputación Provincial, durante cuyo mandato se construyó e inauguró el Hospital Provincial (1927). Su busto del escultor González Macías está ahora arrinconado en el zaguán de lo que hoy es la “Residencia asistida”.

En aquellos tiempos la gente sencilla retribuía al médico con pollos de corral, un fardel con fruta, un pavo por navidad... Salamanca tuvo en el campo de la medicina una persona excepcional que fue también figura política durante la República, Ministro de Instrucción Pública en dos breves gobiernos, don Filiberto Villalobos. Don Fili, como cariñosamente se le conocía, no cobraba a quien no podía pagar, pero su casa se llenaba de lo que la gente disponía, productos del campo. El había propiciado la primera huelga de médicos con estas elocuentes palabras: “Es el grito de indignación del hombre que no tiene ni día ni noche suyos, porque es esclavo de su profesión y de sus enfermos: que es ciruja-

no, practicante, dentista y oculista a la vez; que está en constante lucha con la superstición, la ignorancia, la miseria...”. Algunos ancianos médicos recordarán aquella época en que tenían que saber y hacer de todo sin desmayo. Y muchos desde luego recordamos (yo tendría unos quince años), su entierro como el más multitudinario de la historia de esta ciudad.

Para hacernos una idea demográfica de esta provincia, en 1942 hubo 687 matrimonios y 1.010 defunciones, pero también 1.500 nacimientos. Había 303 médicos, de ellos 138 en la capital, y las campañas antidiftéricas se realizaban curiosamente en la clínica del Sindicato Español Universitario. En los periódicos, “El Adelanto” y “La Gaceta Regional”, se anunciaban los pediatras de tres formas distintas: “Enfermedades de la infancia” (Palencia Petit); “Médico puericultor” (Eduardo Prieto); o lacónicamente “Niños” (Ramón Ledesma, que por cierto tiene 97 años, debe ser el decano de los pediatras charros y ha sido operado hace unos quince días en el Clínico, con éxito, de una cadera. Mi recuerdo afectuoso). El propio Sánchez Villares resumió de forma rotunda aquella época en la lección inaugural del Curso 85/86 en Valladolid: “Eran tiempos de escasez, de hambre, de frío, de falta de libertad, de represión, de sindicación estudiantil obligatoria, y de dirigismo autoritario”.

Pues bien, en aquellos primeros cuarenta, el joven Ernesto Sánchez era alumno interno de don Guillermo, e iba “de patrona en patrona”, cuya tarifa por cierto recuerda que era siete pesetas por pensión completa, brasero y lavado de ropa. Existía el llamado racionamiento, y por ejemplo, los garbanzos valían oficialmente a 2,34 pts el kilo y el azúcar a 2,73 pts. En las entradas de la ciudad estaban los llamados fielatos, donde los consumidores controlaban la entrada de víveres y cobraban las tasas correspondientes. Pero funcionaba inevitablemente el estraperlo de suerte que si el pan oficialmente estaba tasado en 1,50 pts, podía venderse en el mercado negro de Bilbao hasta 12 pesetas. Este dato es de un “amigo del alma” de don Ernesto, que es como calificó el propio Sánchez Villares al periodista salmantino Enrique de Sena, en su discurso de agradecimiento de la medalla de oro de esta ciudad. Cuando Sena redacta una parte del Volumen V de la “Historia de Salamanca”, al referirse al año 1943, da cuenta de la fundación de la revista “Lazarillo”, por impulso del escritor ampurdanés Santos Torroella (el mayor experto en Dalí, muerto hace un par

de meses). La redacción, dice, estaba en una pensión regentada por una viuda de un funcionario de Correos, que de ese modo completaba su exigua pensión de viudedad. Y añade: “allí nos reuníamos muchas tardes de sobremesa, con los pupilos, que no eran otros que Ernesto Sánchez Villares, estudiante de medicina y ya casi doctor; Vicente Ruiz liquidador de utilidades... (y añade) Iba algunas tardes Luis Sánchez Granjel”.

El profesor Granjel escribiría más tarde su obra “Humanismo y Medicina”, que cito aquí porque su propio amigo don Ernesto no era simplemente un médico y profesor, con ser eso bastante. Alentaba en el desde joven un espíritu humanista, y frecuentaba amigos y contertulios ilustrados desde aquella modesta pensión de estudiante hasta el final de su vida, como ustedes saben. No todos hemos alternado con sabios como Tovar, con el que asistía frecuentemente a la tertulia de la “Exedra” del Café Castilla de Salamanca, donde velaron sus primeras armas escritores como Carmina Martín Gaité o Agustín García Calvo que publicaron sus primeras páginas o versos en la revista “Trabajos y días”. Su hijo Juan, su colega el profesor Tovar, escribió el pasado año en el Boletín de Pediatría estas certeras palabras: “Ernesto participaba en actividades culturales y literarias y se metía en círculos en que algunos de sus compañeros de medicina se sentían más incómodos. Frecuentó pintores y escritores, contactó con grupos intelectuales con los que siguió relacionado después y creó así los cimientos de su curiosidad intelectual que se mantuvo intacta toda su vida”. Tampoco todo el mundo tiene ocasión de ser contertulio de uno de los mejores escritores españoles de todos los tiempos, Miguel Delibes, que escribió de S. Villares: “era el tertuliano ideal: locuaz, sociable, clarividente... Era un conversador brillante pero en modo alguno absorbente. Hombre de mucho talento... sabía dejar espacios, huecos para que los demás intervinieran”... Delibes da testimonio de que “aunque sabía que se estaba muriendo, rara vez faltó a la tertulia”.

Uno de los motivos de admiración de quien se acerca a la figura de don Ernesto es que supo morir. Que me perdona su hija Marta, a la que acabo de conocer si remuevo sentimientos. Granjel, admirado por su entereza en los últimos meses ha escrito: “nos dio a todos la lección tan difícil de cómo se puede, con conciencia de lo que se protagoniza, irse acercando a la muerte propia sin que desfallezca

el ánimo”. Valentín Salazar, por su parte, que “resultaba sobrecogedor el valor, la serenidad y la calidad humana”. Y Collado Otero transcribe una carta del enfermo en la que dice: “procuro mantener el cangrejo a raya y convivo con el sin dejar de darle caña”. Con su muerte sucedió lo que dice el poema “Ángeles niños de luto”, que firma Ansúrez (Boletín de Pediatría 1995-35-36): “Están en muchos hogares/más oscuros los rincones/retozones.../Se ha muerto Sánchez Villares”.

Sin más comentarios, vuelvo al hilo histórico. En los cuarenta yo era un niño. El puericultor de mi numerosa familia, nueve hermanos, algunos separados tan solo por once meses de edad, era don Emilio Firmat. Hombre pulcro, amable, sus manos eran muy peludas pero siempre estaban impecablemente limpias. Recuerdo el olor a alcohol de romero mientras esgrimía el depresor de la lengua, que era por supuesto una cuchara. Cuando llegaba a nuestra casa, los pacientes solían ser varios, colocados en fila, y como si de un pequeño acuartelamiento se tratara, aplicaba a nuestras enrojecidas amígdalas toques de yodo con unas torundas de algodón; la consabida cataplasma; o recetaba aceite de hígado de bacalao, cuando no el temido aceite de ricino.

Personalmente no conocí a don Guillermo. Las referencias de él son muchas, pero voy a citar tres, todas familiares: mis suegros peregrinaron a Valdecilla con su hijo varón, aunque don Guillermo nada pudo hacer por el niño, porque era (es) parálítico cerebral. Mi madre –de origen santanderino como el propio Arce–, que le había consultado sobre alguna dolencia delicada de cualquiera de mis hermanos, siempre decía: “Arce me dijo, Arce me recomendó...”, con ese respeto de quien evoca el Pediatra de leyenda. La última referencia es de quien fue entonces su alumno, el cardiólogo Dr. Estella, mi hermano Pepe. Cuenta cómo en el comienzo de los cincuenta los estudiantes de medicina, entre los que don Guillermo tenía la aureola del *magister*, comenzaban a ver en su catedrático de pediatría los primeros síntomas del Parkinson, y el paseaba por la Plaza Mayor como Unamuno, con las manos a la espalda, asida una con la otra para sujetar sus temblores. Y tiene como recuerdo indeleble de Arce sus últimas lecciones, que iban a presenciar no solo los matriculados en su asignatura, sino de otros cursos de medicina, alumnos de otras facultades y desde luego profesores. Como serían que, al acabar, los aplausos se convertían en ovación.

En cambio si conocí a don Ernesto Sánchez Villares, e incluso le vi actuar como médico. No era el pediatra de los hijos de mi hermana mayor, pero cuando el pequeño fue diagnosticado de una meningitis, y se moría, pidió a su médico que le permitiera llamar al ya prestigioso Sánchez Villares, como quien solicita ayuda a la Virgen del Pilar o recurre a los prodigios de un taumaturgo. Atendió don Ernesto el requerimiento angustioso y yo, que estaba allí para hacer recados, para acudir a la farmacia de guardia, llevar al laboratorio el líquido cefalorraquídeo..., pude verle toda una noche dramática, luchando al pie de la cuna contra la enfermedad de mi sobrino, que afortunadamente salió adelante.

Como ustedes saben, desde 1947 y durante 17 años, S. Villares fue profesor adjunto en Salamanca, tarea que compatibilizó con su consulta privada en la Calles Consejo y Gran Vía. Por ofrecer una nota pintoresca de 1950, que fue Año Santo, en Salamanca hubo lo que se llamó Santa Misión, y en el examen que se confeccionó para la confesión o sacramento de la penitencia de los médicos, tengo un impreso que deja chico al juramento de Hipócrates. En el, entre otras preguntas para el arrepentimiento del galeno que se confesara, figuran las siguientes: “¿Usas de medicinas inciertas para hacer experiencias? ¿Prescribes medicamentos y gastos inútiles? ¿Exiges honorarios excesivos, sobre todo a los pobres? ¿Adviertes a los enfermos de su peligro de muerte para que se dispongan?... “A don Ernesto hubiera sido una impertinencia hacerle tales preguntas, porque dejó dicho en su discurso al recibir la medalla de oro de esta ciudad: “tuve la posibilidad de ayudar en lo que pude a varios miles de niños, y a través de bastantes de ellos, mantener relaciones y establecer afectos duraderos con padres y familiares”. Doy fe de decenas de esos afectos.

Don Ernesto fue docente durante el ministerio de Ruiz Jiménez y el rectorado de don Antonio Tovar, que duraron de 1951 a 1956. Por tanto, durante ese quinquenio, además de sufrir la marcha de su maestro, vio nacer la Facultad de Filología moderna en 1952, que por estas fechas celebra precisamente su medio siglo de existencia. Conoció la emigración masiva de salmantinos a Brasil (donde fueron muchos vecinos de su natal Villavieja de Yeltes), Suiza, Alemania... Durante esa etapa tuvieron lugar los fastos del VII centenario de la Universidad. Y por tanto la concesión del

doctorado *Honoris causa* a Franco. En el claustro que lo acordó, como es bien sabido, sólo se opusieron dos catedráticos, el clérigo don Teodoro Andrés Marcos, y el biólogo Fernando Galán. Cuando recoge la medalla de oro de esta ciudad él dijo literalmente en su discurso: “De mis profesores –todos muy queridos–, subrayo mi admiración por Fernando Galán, y mi disculpaje de Guillermo Arce”. Permitan que apostille, con legítimo orgullo, que soy sobrino carnal de Galán, marido ejemplar de mi tía Paula Estella.

S. Villares fue amigo personal de Tovar, entre otras razones porque don Antonio fue catedrático precisamente desde el año 1942 hasta que en 1963 obtuvo la cátedra de Filología latina de Madrid. Son los veinte años del “entonces” que hemos acotado para estas notas. Por tanto don Ernesto tuvo que ser testigo de cómo durante aquellos años, el ex Rector Tovar se iba apartando del régimen franquista, junto a otros importantes falangistas de primera hora como Laín, Ridruejo, Torrente y el propio Ruiz Jiménez, que, cesado como Ministro de Educación, regresó humildemente a su cátedra de Salamanca. No olvidemos que entonces aún, cada 20 de Noviembre se ofrendaban coronas de flores en la Catedral Nueva a José Antonio Primo de Rivera (hoy otros conmemoran el 20 de noviembre, tirando botes de pintura al medallón de Franco en la Plaza Mayor); que los periódicos insertaban obligatoriamente cuanto se le remitía desde la administración, es decir, desde el partido único, el Movimiento Nacional; y que el diario hablado, el viejo “parte”, era único y oficial, todas las emisoras tenían que conectar con Radio Nacional.

Entonces el alumnado de todas las facultades no superaba los 3.500 universitarios, con un hecho singular: la llegada masiva a Salamanca, especialmente a la Facultad de Medicina, que en opinión de Sena se convirtió en “una grillera”, de excombatientes de la guerra de Corea (iniciada en 1950). Eran de habla hispana, cobraban su pensión en dólares, impusieron el güisqui como bebida, dieron algunas lecciones de baloncesto moderno (como recordará mi amigo y colega de ustedes Carlos Faria, con el que disputé muchos partidos), también de cumbia y merengue, póquer americano, estudiaron muy poco y se llevaron algunas guapas salmantinas.

El humanista Sánchez Villares tuvo que vivir también el Congreso Internacional de “Pax Romana” de 1946, donde se prestigió Ruiz Jiménez; el importante II Congreso Nacio-

nal de Poesía que homenajeó a Fray Luis en “La Flecha”, y en el que participaron contertulios y amigos suyos, además de Dámaso Alonso, Vivanco, Aleixandre, Gerardo Diego, Hierro, que hoy mismo es homenajeado en esta ciudad; conoció los éxitos en los ruedos de Pedrés y Jumillano, a los que mañana se homenajea en Ciudad Rodrigo por los cincuenta años de sus alternativas; en fin, a las Conversaciones de Cine de Salamanca de 1955, encuentro tan importante en la historia del cine español que ahora está en las pantallas en un interesante documental subvencionado por el Consorcio de la Capitalidad Europea de la Cultura titulado “De Salamanca a ninguna parte”. Les recuerdo las duras palabras que el recientemente fallecido Juan Antonio Bardem lanzó aquí: “El cine español es políticamente ineficaz, socialmente falso, estéticamente nulo, intelectualmente ínfimo e industrialmente raquítico”.

Debo decir a mi buen amigo y co-organizador del Memorial, Félix Lorente, que en 1953 en La Gaceta, aún se escribía sobre “El garrotillo, crup o difteria, vencido por gloriosos hombres de ciencia” (firmado por el Dr. Ferrán Pérez), pero entonces ya se consideraba “La alergia, enfermedad de moda”, según artículo del Dr. Tobalina. En honor a la verdad, en aquella Salamanca de los cincuenta parece que “se hacía una buena Medicina”, y no solo por los profesores universitarios. Baste recordar que llegaron a coexistir todos o la mayoría de los siguientes Sanatorios o Clínicas privadas: Ginecológicos de Población y más tarde Ferreira; y quirúrgicos de Paco Díez, Moraza, Heredia, Marín y Ferrer.

Pero para ir concluyendo, pasemos a los años sesenta. Salamanca y toda Castilla asisten a un fenómeno social que describió como nadie Miguel Delibes: “La desilusión producida por un esfuerzo socialmente despreciado y mezquinamente retribuido. La grisura de una vida lánguida, sin alicientes, en contacto con el ritmo aparentemente alegre, frívolo y desahogado de la capital y el atractivo de los salarios fijos, no pendientes de una nube, embaucó a la juventud campesina de los sesenta, provocando un éxodo repentino a la ciudad, no preparada aún para recibir ésta avalancha... muchos campos quedaron yermos, otros desatendidos, las familias rotas... y la cultura campesina en trance de desaparecer”.

Lo curioso es que ese ambiente opresivo de la vida pueblerina, el cineasta Martín Patino lo trasladó a la ciudad y a la peripecia del estudiante Lorenzo Carvajal, su prota-

gonista de “Nueve cartas a Berta”, que no soporta el clima provinciano de la Salamanca de esa misma década, el ambiente tradicional de su familia, el insoportable tedio de la ciudad.

Es la época del rectorado de Balcells, siendo ministro de Educación Lora Tamayo. Poco antes de que Sánchez Villares agotara su etapa salmantina, cuando el alumnado ya alcanzaba los cinco mil estudiantes, unos 700 extranjeros, las relaciones entre el entonces llamado “Hospital Provincial y Clínico” (dependiente de la Diputación), y la Universidad de Salamanca, concretamente la Facultad de Medicina, y pueden ustedes imaginarse que en particular con Sánchez Villares, existían unas excelentes relaciones. Por eso, cuando a comienzos de 1963 el Ministro visita Salamanca y sus centros de Beneficencia, el entonces Presidente de la entidad propuso –cito un Acta oficial de 16 de febrero facilitada por su colega, mi amigo el Dr. Escribano–, “la creación de un servicio de Pediatría para los fines indicados (pediatría y “recuperación de niños inválidos”), a cuyo fin esta Diputación podría contribuir con el 50% de los gastos, corriendo el otro 50% a cargo del Estado”. Se aprobó por unanimidad. Aquel presidente era Antonio Estella Bermúdez de Castro, mi padre. Bien es verdad que el servicio no se creó hasta después de que don Ernesto tomara posesión de su cátedra de Valladolid, la que había sido de don Evelio Salazar.

En mi vistazo a la hemeroteca, he encontrado una amplia reseña en el diario La Gaceta, la víspera del anterior acuerdo de la Corporación Provincial, en que Sánchez Villares da una conferencia en el I Curso Básico de Urología, sobre “Nefropatías tubulares en la infancia”.

Pero termino. Don Ernesto nunca se fue del todo de Salamanca. Venía con cualquier disculpa (incluso futbolística, como nos recuerda algún amigo íntimo del recordado), porque como dijo en más de una ocasión por sus venas corría sangre del Duero, del Tormes, del Águeda y del Yeltes. Hasta el punto que aceptó serregonero de las fiestas de su pueblo natal, Villavieja de Yeltes, en 1993 y tituló su hermoso pregón, que merece la pena leer entero, “Retornando a los orígenes”. En el proclamó orgulloso su origen pueblerino, de la comarca de la Armuña por sus antepasados maternos, concretamente de la localidad de Villares de la Reina, que fue el topónimo que se convirtió precisamente en su segundo apellido; y de la Ribera por los abuelos paternos, de Hino-

josa de Duero. Recordó que había nacido “en un parto de familia, asistido por mi padre y la comadrona”; haber tenido un ama de cría, la nodriza Paca, que dice era una “excelente mamífero”; cómo creció y jugó como los demás niños de Villavieja; y exhibió una curiosa foto en que aparece vestido, como no, de charro, foto que me he ocupado de escanear. Terminó don Ernesto su pregón-desahogo, diciendo en su pueblo algo significativo: “Afirmo sin lugar a dudas que de Villavieja recibí una impronta que establecida en la tierna edad en la que se marcan los vínculos afectivos, quedó gravada de forma indeleble en mi personalidad.

Como uno de tantos emigrantes he añorado el retorno a los orígenes”.

Espero que mis palabras hayan logrado trasladar a ustedes hasta aquella ciudad de los años 40 a 60 que vivieron los dos maestros; que hayan permitido situar a don Guillermo en el entorno universitario, político y socioeconómico en que ejerció su magisterio; y sobre todo espero que con mis sencillas palabras haya conseguido traer la memoria de don Ernesto a sus raíces charras, que según su propia confesión marcaron su vigorosa personalidad.

Muchas gracias.